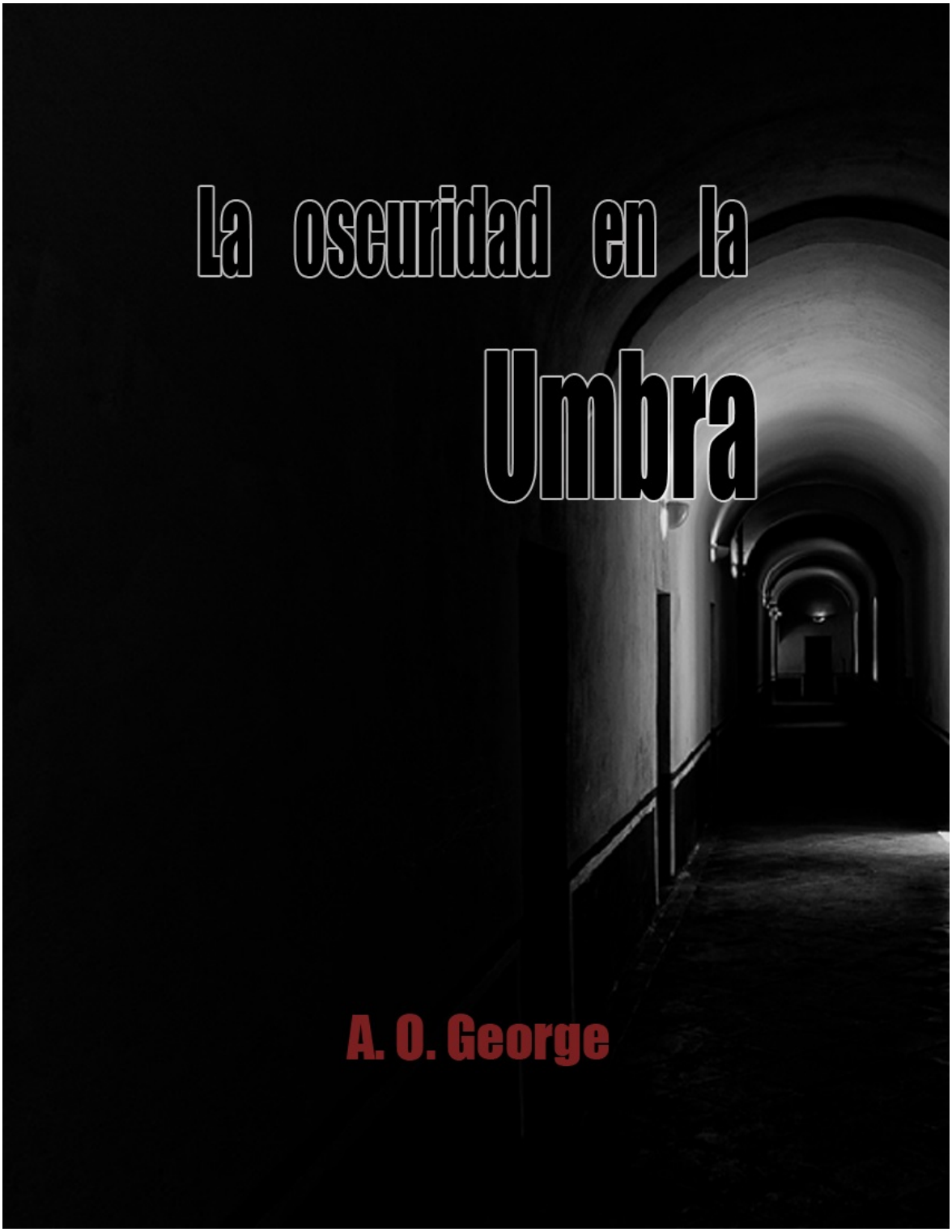
La oscuridad en la Umbra

Angel O. George



Capítulo 1

Prólogo.

Mucho antes de que los hombres se aferraran a sus religiones al punto de desatar guerras justificadas por sus creencias, unos extraordinarios seres poblaron el mundo. Poco se conoce de su origen, o las condiciones en que se establecieron; pero se rumora, descienden de Mekat, el primero de la estirpe.

Durante siglos, han permanecido ocultos entre los humanos, librando una perpetua batalla que han denominado Geveg, y esperando la llegada de la Cehnem; donde sus progenitores más antiguos despertarán de su eterno sueño para traer orden mediante el caos.

Dos antagónicas sectas lideran las brutales luchas que, generalmente, pasan desapercibidas a la vista de los incrédulos. Estas asociaciones son: la Cofradía y el Erial.

La Cofradía protege las tradiciones al máximo, y las agrupa en un compendio de leyes que llaman Incertidumbre. Se consideran a sí mismos como una facción sumamente organizada. Cuentan con una figura representativa que actúa como la autoridad definitiva que interpreta y ejecuta la Incertidumbre en cada dominio. Su fin es mantener a sus miembros a salvo.

El Erial muestra un semblante más aterrador. Creen que el tiempo de la Cehnem ha llegado y que los Aetts pronto se alzarán para devorar a su desperdigada progenie. Los miembros del Erial poco respetan la Incertidumbre, y sus dominios suelen ser infernales zonas de guerra. Gran parte de sus lipidias con la Cofradía se debe a su continuada actitud de fanatismo salvaje. El Erial cree que su estirpe debe someter al mundo mortal, en lugar de ocultarse.

Otras organizaciones adyacentes ejercen también cierto tipo de poder, y cuentan con gran número de seguidores, que no están de acuerdo con las políticas que manejan la Cofradía ni el Erial. Estas facciones están constantemente inclinando la balanza de la guerra.

La Geveg, actualmente, está en un punto de tensiones determinantes.

Capítulo 2

Capítulo I: Preparativos.

El repentino viaje no se encontraba entre los planes de Matías Chevalier. Accedió por tratarse de un asunto con enormes repercusiones. El destino de su clan, incluso el de toda su estirpe, estaba en juego; y en cuestiones de tal índole se le antojaba intervenir como sujeto activo.

Observó el mapa en su mano; el cual le habían facilitado para su obligatorio y previo estudio. El objetivo señalado era una pequeña urbe costera, perteneciente al estado de Connecticut en Norteamérica, llamada Portsville. Sonrió mientras guardaba el plano en uno de los bolsillos de su chaqueta. ¿De veras tenía aeropuerto esa olvidada ciudad?

De repente, dejó a un lado los absurdos pensamientos. Sacudió su traje, y con ambas manos se abofeteó dos veces el rostro. Expelió con fuerza una bocanada de aire. Sacó una foto, que parecía tomada recientemente, y la sostuvo un momento entre sus dedos. Mostraba a un sujeto con un pequeño corte de barba, ojos azules y pelo color ceniza. Después de un vistazo, regresó la imagen a su billetera y se puso en marcha. Se hacía tarde para asistir a la reunión.

Capítulo 3

Capítulo II: Una noche cualquiera.

Sabíamos que sería una noche agitada en Portsville; preparamos todo con anterioridad. Sospechamos en cierto momento que podría tratarse de un atentado, pero no, sin dudas las pistas apuntaban hacia otro suceso.

Hace apenas un mes nuestro grupo capturó un cuervo modificado genéticamente; estaba merodeando una zona que resguardábamos. Mathews Braud, el experto en *Indicios* del equipo, lo analizó. Las marcas de sangre no eran demasiado esclarecedoras, pero las imágenes que pudimos conseguir, aunque difusas, revelaron información sensible. Todo apuntaba a que esta noche se produciría el secuestro de Leo Niemens. Independientemente de esa circunstancia, nuestro trabajo era proteger al Gran Maestro.

Nos reunimos temprano en los antiguos muelles de Dogsroad. Contaba una increíble historia este distrito: Dogsroad. Era, por cierto, el más antiguo de los tres que conformaban la ciudad. El viejo Dogsroad. No es precisamente un buen lugar para comenzar una noche, pero al menos es mejor que cualquier sitio de Deeptown.

Nuestra líder de grupo, Ilia Stein, estaba a punto de exponer el itinerario de la jornada. La luz del olvidado faro se extendía sobre nuestras cabezas hacia la inmensidad del océano. Un intenso olor a salitre ondeaba a la par del viento; el mar también estaba agitado. Se nos hacía un mal augurio.

—En diez minutos el Maestro será escoltado por el otro grupo de guardaespaldas hacia este lugar, donde nos haremos cargo de su protección —dijo la jefa en tono imperativo—. Desde aquí continuaremos entonces hacia la ópera —Ilia hablaba con excesiva seguridad. En ocasiones comentábamos que era demasiado ruda para ser mujer, cosa que no le agradaría escuchar—. Luego nos dirigiremos hacia el aeropuerto para recibir al huésped que el señor espera. De camino, el Maestro debe realizar una llamada telefónica. A partir de ahí, repasaremos los próximos puntos para el itinerario de la noche. ¿Alguna duda?

—Todo en orden —sonrió con calma Thomas, mientras encendía un cigarrillo.

A Thomas se le antojaba la última palabra en cualquier asunto. Ese hábito le había costado algunos disgustos y no pocos problemas. Pero Thomas, según la opinión generalizada de la Cofradía y el cuerpo de guardaespaldas del Gran Maestro, era el hombre mejor capacitado en la

ciudad para ejecutar misiones de riesgo. La nuestra, era exactamente la misma. Con algo de suerte, dentro de poco podría recibir un ascenso a Ejecutor.

—Me alegra que lo entiendas, Thomas —refirió Ilia con ironía—. Recuerden que es una noche importante. No podemos permitir que le suceda algo al Maestro Leo.

Thomas se apartó para terminar de consumir su cigarro, tenía también esa molesta manía de terminar lo que comenzaba, fuera lo que fuera. Por su parte, Ilia detestaba el humo y era aconsejable no molestarla. La Marca que portaba con orgullo hacía doscientos cuarenta y ocho años, y su título de Amancilla, hacían por sí solos una presentación fabulosa de su temible persona.

Los restantes nos acercamos al auto a charlar y repasar los planes coyunturales, mientras esperábamos con impaciencia la llegada del Maestro y el cambio de guardia.

Pasaron diez, quince minutos. Luego de una llamada telefónica que recibió nuestra líder, supimos que el Gran Maestro no se reuniría con nosotros en los muelles. Y claro, la información nos perturbó. Era lo último que podrían desear unos guardaespaldas que intentan impedir el secuestro de su señor.

—Mikhail —refirió Ilia Stein—. Prepara el auto, nos marchamos enseguida.

Ninguno de nosotros cuestionaba una orden suya. Así que se hizo lo que tenía que hacerse.

Capítulo 4

Capítulo III: Equipo perfecto.

¿Has notado esa sensación? Esa que se oculta en lo más profundo de tu pecho y te indica que, sin dudas, tu vida está por terminar. Ha regresado para perturbarte. Intentas no ceder, sacudes la cabeza a ambos lados, para apartar esa idea. Pero, nuevamente, imaginas el dolor que causaría morir por segunda vez.

—¡Vida! —te gritan desde la puerta. Has abandonado el sótano por un rato. Debes acudir con urgencia, pero intentas no acelerar el curso del destino—. Vida, ¿qué haces todavía parada ahí? —tu colega se acerca—, necesitamos que te concentres en esto. Seth espera por ti.

—Está bien, Joao —respondes algo molesta mientras reparas en él. Aunque has visto cosas peores no deja de causarte cierta repugnancia, es un hombre realmente feo; y su extraña tez bronceada tampoco lo favorece. Tomas la iniciativa. Caminas delante, hacia la puerta que conduce al derruido sótano—. Vamos.

Bajas las escaleras. Joao asegura la entrada tras de ti. Un bombillo incandescente, temeroso de su soledad, brinda una iluminación bastante pobre a la pequeña habitación; pero tus ojos se han adaptado tan bien a la oscuridad que casi no lo notas. La naturaleza, después de condenarte dos siglos a la total penumbra, ha hecho un gran trabajo con tu cuerpo. En el centro del pequeño cuarto hay una mesa cuadrada y de gran tamaño. Sobre la misma se exhiben, desordenadamente, los planos del Metropolitan Opera de Portsville, y algunos más.

—Acércate, Vida, repasa tu parte nuevamente —te indica Seth Reagan, el líder.

Avanzas hasta la mesa. Observas las caras de tus compañeros de misión, no parecen convencidos todavía con el plan. Antes estuvieron discutiendo sobre la conveniencia de confiar en las palabras de Johnny y llevar a cabo el secuestro del Representante Leo Niemens en la ópera. Stefanie propuso seguir a Leo desde su encuentro con el grupo de Ilia Stein hasta el lugar donde se ejecutaría la operación. Hasta ahora parecía ser la idea más coherente, incluso Seth, luego de unos cuantos fuertes debates, estuvo de acuerdo.

Seth te vuelve a señalar los planos. Por un instante miras a tu líder directo a los ojos, luego bajas la cabeza. Tiene una penetrante mirada y su rostro no es repulsivo como el de Joao. Con la vista, recorres el sótano una vez

más. Ves el bombillo, las paredes de ladrillo crudo y la escalera de piedra que conduce hasta la puerta, única entrada al lugar. Terminas fijándote en los papeles. Te agobia repetir lo que tienes más que memorizado y aprendido. Aprietas tus nudillos, esos que producen los chasquidos que tanto te calman. Cuando estás a punto de explicar una vez más tu parte de la misión, suena el móvil de Seth. Has sido salvada.

—Sí —escuchas hablar a tu líder—. Estábamos discutiéndolo justamente. Sí —hay una pausa, Seth está atento a su conversación—. Está claro, sí. Pero, no, no. Sí, te escucho —otra pausa.

Las pausas son angustiosas. Te incomodan tanto como los rostros repugnantes. Eres una amante de la belleza, de lo bien hecho, de la búsqueda de perfección. Y en esa búsqueda hay poco espacio para las pausas.

—Entonces, ¿qué quieres decirme? —arremete Seth al teléfono con tono inusual. Lo notas asombrado—. ¿Sí?

Stefanie se cansa antes que todos. Sin pensarlo mucho salta hacia Seth, y le arrebata el teléfono.

—Vamos, Reagan —le dice mientras manipula el artefacto—. Queremos escuchar lo que Johnny tiene que decir.

Lanza el móvil sobre los desorganizados planos, y parece desordenarse junto a ellos. Stefanie ha puesto el teléfono en modo altavoz. Ahora escuchas por primera vez y con claridad, las palabras de Johnny; la cabeza detrás de toda la operación.

—Seth, parece que no puedes controlar a tu grupo. ¿Qué sucede? —la voz es grave, pero elocuente. Quizás suena un poco también a una voz resentida. Y quizás, también, te resulta algo familiar.

El líder mira fijamente a Stefanie, mientras su cara se va transformado y sus ojos adquieren un brillo inusual y amarillento. Por un instante, se torna más horrendo que Joao. Tu compañera cae al suelo, se retuerce. Seth le ha hecho algo.

—No te preocupes —responde—, lo tengo bajo control.

—Ya sabes, entonces, lo que tienen que hacer. Leo irá solo hasta la ópera, escoltado por un chofer de su guardia; humano, nada peligroso. No deben perder esta oportunidad, la policía está informada. Salvo por eso, el plan va mejor de lo esperado.

—¿Estás seguro de esto, Johnny?

—¡Demonios! ¡Está todo asegurado! —Se altera Johnny.

—Repíteme de nuevo, ¿qué ganas tú?

—No vamos a discutir eso otra vez, Seth. Paso de esa charla —hace una pausa, un abrumador silencio recorre el sótano. Al segundo, concluye—. Ya sabes, Leo estará en un Maybach 62, negro, como de costumbre. Espero que cumplan con su parte.

Stefanie se levanta con trabajo, parece que quiere decirle algo a Johnny; pero el sujeto ya ha colgado, sin dar tiempo siquiera a una despedida. Percibes que el plan está a punto de cambiar.

—Ya escucharon —refiriere Seth irguiéndose en su sitio, dispuesto a abandonar el sótano. Camina rumbo a la escalera. No mira atrás, solo ordena—. Estamos de salida.

Sigues a tu líder hasta la calle y descubres, otra vez, el derruido paisaje que te rodea. El viejo Deeptown. No es un buen sitio, es un asco. Darías cualquier cosa por no tener que pisar nunca ese suelo; pero órdenes son órdenes. Vuelves la vista a tu alrededor, siempre es bueno hacerlo, los detalles importan mucho.

Pobre Deeptown. Es un distrito poblado de grandes industrias contaminantes y abandonado a su suerte. Tus compañeros ya abordan el auto. La calle está sucia; cubierta de un negro y grasoso hollín, producido por el humo y los desechos. ¡Pobre Deeptown!, siempre abarrotado de montones de basura. La gente, cansada de su rutina, se ha acostumbrado a verter los desperdicios delante de las casas y esperar a que, con el favor de Dios, las compañías de gestión de residuos se acuerden de ellos. Algo que no sucede con frecuencia.

—Vida, ¿qué pasa?, sube al auto de una vez —te interrumpe Seth, que al parecer se ha cansado de esperar—. ¿Qué haces, chiquilla? Hoy no podemos permitirnos distracciones.

Te ruborizas al escuchar su voz y abordas el vehículo, que se pone en marcha a toda velocidad rumbo al Metropolitan Opera. Aguantas la respiración. No quieres sentir el asqueroso olor del humo mezclado con los desechos.

Capítulo 5

Capítulo IV: En marcha.

La idea se presentó, inexplicablemente, hace poco más de dos siglos. Supe que el momento para actuar estaba cerca desde la ruptura de la tregua y la extinción del clan Fascinador; el cual, por aquel tiempo, fungía como cabeza principal de los asuntos políticos, económicos y sociales de Portsville. Bastaron solo unos años para posicionarme como Representante de mi estirpe. Me convertí en la persona más influyente de la ciudad; un pequeño escalón para alcanzar mi más anhelado objetivo. Solo necesitaba aguardar a que las condiciones necesarias estuvieran creadas.

—Marcus —llamé a uno de mis guardaespaldas—, mi teléfono.

—Señor —me lo alcanzó con rapidez y se quedó mirando perplejo. No esperaba que hiciese alguna llamada. Normalmente me regía por una agenda bien detallada, un itinerario que era entregado a los grupos de guardas asignados para mi protección en su turno correspondiente. Esa rutina se repetía a diario, cada noche.

—No te preocupes, Marcus, estoy llamando a Ilia —intenté tranquilizarlo.

Al instante me respondió la hermosa Ilia. Siempre consideré una lástima que su carácter no tuviera nada que ver con su apariencia. Hasta para un hombre como yo, existen mujeres hermosas. La belleza es un gran misterio; y los misterios se descubren o se eliminan.

—Buenas noches, Maestro —su voz sonó enérgica.

—Buenas noches, Ilia. Supongo que tienes todo preparado.

—Todo en orden, señor. Estamos en los viejos muelles, esperando por usted —respondió con esa seguridad que la caracterizaba.

—Es una lástima entonces.

La comunicación quedó en silencio. Las palabras no se atrevían a surgir. Al cabo de un corto espacio de tiempo, Ilia rompió el anómalo mutismo.

—¿Por qué dice eso, sucede algo?

—Tranquila, Ilia, estoy con los chicos del primer turno. Solo he decidido cambiar el itinerario —expliqué con la mayor naturalidad de este y los

otros mundos que existen—. No me reuniré con ustedes en los viejos muelles, iré directo hacia el Metropolitan Opera. Los espero allí —colgué sin dar tiempo a que pudiera replicar mi orden.

Los integrantes del actual grupo de protección se alarmaron. Noté más de una cara escéptica entre mis súbditos. A veces, solo a veces, me cuestionaba si eran ellos los que me servían a mí, o viceversa. Luego dejaba de pensar… estaba claro quién era el Gran Maestro.

—Ya escucharon —dije en tono grave y ordené—. Vamos directo hacia la ópera.

El chofer ajustó el rumbo para conducirnos a la locación indicada. Durante unos minutos observé el teléfono, aún en mi mano derecha, hasta que por fin decidí contactar a mi hombre de confianza: Allen Berkely. Tenía que avisarle del pequeño cambio de planes. Era una política de la Cofradía Americana que yo mismo había votado por establecer, hacía unos ciento veinte años atrás. Los segundos siempre debían estar al tanto de los movimientos de sus principales.

Antes de eso, envié a todo mi equipo de seguridad a casa. Los despedí en una vieja esquina de New Garden, de esas que no abundan en el distrito. Algunos parecían inconformes, hecho que consideré sin importancia. Así, quedé solo en el auto con John, mi chofer.

Sin más demora, advertí a Allen de la nueva situación y me aseguré de que entendiera correctamente mi dictamen. Él, algunas veces, era bastante celoso con mi itinerario. Luego de concluir la conversación, levanté una vez más el teléfono y marqué otro número. Uno que estaba insistiendo desde el inicio del ocaso, pero que no me había preocupado atender.

—Buenas noches —se escuchó la voz al otro lado. El tono se debatía entre el cansancio y la paciencia; no podría asegurar cuál, con exactitud.

—Habla Leo Niemens —no me detuve a saludar.

—Señor, estamos esperando por usted.

—¿Ha tenido buen viaje? —pregunté por cortesía.

—Ha sido un viaje tranquilo, pero estamos esperando por usted desde temprano —recalcó.

—Bien, disculpe, han surgido unos asuntos urgentes que he debido atender —mentí, como usualmente acostumbro. Rutina.

—Se nos hace tarde para la subasta —explicó intentando ser condescendiente. Y advertí, de súbito, que desde hacía un rato no se refería a él como una única persona. Al parecer, el Consejo Europeo, había decidido enviar más integrantes.

—No se preocupe, llegará a tiempo a su subasta. No puedo ir en persona al encuentro, pero enviaré a uno de mis hombres de confianza para que disponga de él en lo que necesite. El hotel Blood Lust estará agradecido de servirle también en lo que desee. No se desespere.

—Muchas gracias, señor.

—¿Cuántos han venido con usted? —me interesaba esa información, al fin y al cabo, ya no era uno solo de quien tendría que ocuparme luego.

—Somos tres miembros en total —respondió sin titubeos y con exceso de confianza.

—Por cierto, no escuché su nombre.

—Mi nombre es Nicolas, Nicolas Kievicz.

—Muy bien Nicolas, no se desespere, recuerde que tenemos todo el tiempo del mundo —concluí y me recliné en el asiento del auto.

Las cosas se complicaban con la llegada del grupo europeo. Se suponía que solo iban a enviar un sujeto, pero nada tiene que salir como uno espera, eso aporta un poco de emoción a la vida… o lo que sea.

Al final, una última llamada. Esta de corte forzoso, pero necesaria. Después de una breve y provechosa charla, mi viejo amigo Carlos Gómez acordó encargarse de la nueva situación.

Capítulo 6

Capítulo V: Lobo solitario.

—Hoy es una noche importante; tremendamente importante —mencionó, abandonando la Umbra y sujetando con fuerza a su víctima; que quedó inmóvil ante el abrazo, sin siquiera poder gritar. Y, aunque hubiese podido hacerlo, la Avenida Madison, del Distrito Deeptown, no era una calle muy transitada a ninguna hora del día—. La espera ha sido larga, al menos para mí. Nuestro linaje no cuenta con el mismo tiempo que se les ha concedido a ustedes; hijos malditos de Mekat. Sin embargo, nuestros dones son mucho más extraordinarios. De no ser por esa pequeña limitación… Tampoco hay mucho de lo que quejarse, cuando por azares del destino he terminado trabajando y viviendo de tus homólogos. No hay vergüenza en lo que hago. Soy objetivo. Siempre he sido como un lobo solitario y así continuaré, apartado de la manada. Hay quienes piensan que no se puede sobrevivir de esta forma, pero yo soy el vivo ejemplo de lo contrario. No dejes que te cuenten otra historia. El *Quebrador de Colmillos* está aquí para asegurarse de que no veas otro ocaso.

Las palabras se presentaron como un susurro, llegando desde la espalda, antes de que el cuello del desafortunado Ejecutor se rompiera en ciento seis piezas; todas muy asimétricas. De esa forma, el *Quebrador* estaba asegurando que su misión, esa noche, apuntara al éxito.

Capítulo 7

Capítulo VI: Vuelo con escalas.

Luego de una intensa hora de debates, el Consejo Europeo determinó que serían tres miembros competentes los que viajarían a Portsville. Existía gran interés por parte de la comunidad europea en que no hubiese fallos. Lo único que incomodó a Matías, más allá del hecho de la reunión en sí, fue conocer de primera mano que no ejercería como líder del osado grupo. Esa tarea le fue confiada a Nicolas Kievicz; un hombre que venía cobrando cierto renombre político, aunque lo precedía su fama económica.

Tampoco ayudó saber que viajaría junto a Amelia Haart, su eterno amor. Un amor no correspondido hasta el momento; ni siquiera en aquellos tiempos, cuando ella aún era humana y él intentaba deslumbrarla con detalles que estaban más allá de su entendimiento. Matías siempre pensó que lo había superado, pero le costaba trabajo desprenderse de los momentos amargos que regresaban, para atormentarlo, cada vez que la veía; y coexistir con amargados no beneficiaba mucho. De cualquier forma, se convenció de que no era para tanto. Cosas más importantes estaban en juego. Algo que sí era bien preocupante, se dijo, recaía en la razón de que el Consejo Europeo enviase a un sujeto tan reservado. Luego supuso que sus razones tendrían. Al fin y al cabo, se trataba de los más capaces, y él había hecho muy bien su trabajo; al menos hasta ahora.

Cada uno recibió su respectivo pasaje junto a algunas indicaciones más para la misión. Debían moverse rápido, puesto que el avión salía en una hora.

Matías apenas tuvo tiempo de preparar una maleta decente antes de tomar el Shuttle Train hasta el Aéroport de Strasbourg. Allí abordaría el primero de los vuelos hacia Portsville. El Consejo Europeo había tomado las precauciones necesarias para que, mediante un minucioso sistema de escalas, sus enviados pudieran llegar al destino fijado en el próximo ocaso. Para sorpresa de Matías, Amelia ya estaba deambulando por la terminal y al parecer llevaba un rato por ahí.

—Lindas medias, Amelia —expresó, haciendo uso de su indudable arte del detalle.

—Gracias, me doy cuenta de que no tienes nada más importante que

hacer.

La respuesta dejó pasmado a Matías; nunca se adaptó al estilo directo y perturbador que transmitía Amelia Haart. Pero él tenía razón, eran unas lindas medias de encaje negro que hacían lucir escandalosamente las piernas de su colega. Las combinaba con una corta saya, también del mismo color y llevaba el pelo dispuesto en dos coletas casuales, una a cada lado. Eso era inusual. Significaba que estaba de buen humor.

—De nada —atinó a susurrar Matías—. Te diré algo más…

—No te atormentes, querido —interrumpió Amelia con aires de grandeza, blandiendo sus moños y ajustándose los espejuelos; esos que imprimían en ella un atractivo intelectual—. Tú y yo sabemos que esto nunca sucederá.

El humor de Amelia no era lo que cualquiera esperaría, pero Matías entendía el punto de la chica. Lo tenía claro desde hacía mucho tiempo y le incomodaba, aunque muy pocas cosas provocaban en él otro sentimiento. Lo extraño y a la vez misterioso de su persona, era que siempre se las ingeniaba para mantener una sonrisa, pese a casi cualquier situación.

Amelia se dispuso a darle la espalda con un gesto lastimero. En ese preciso segundo, el semblante de Matías comenzó a apagarse.

—Buenas noches. Dama, caballero —saludó Nicolas, que recién acababa de ingresar al vestíbulo de llegadas. Portaba una pequeña maleta y vestía un lujoso Armani gris. Sus rubios rizos se deslizaban delante de sus ojos y caían hacia todas direcciones, convertidos en total desorden.

—Buenas noches —Matías rescató su sonrisa—. Es bueno saber que un señor con tan distinguidos modales pasará su tiempo con nosotros —comentó a modo de sátira, haciendo una cordial reverencia.

—Me halaga usted, Monsieur Chevalier —respondió Nicolas, apartando el cabello. Amelia no saludó, pero sí entornó la vista ante aquel diálogo.

Matías dedujo en ese instante la razón por la cual Nicolas Kievicz tenía a su cargo el liderazgo del equipo. Parecía del tipo manipulable. Listo para cumplir cualquier orden.

—Pasajeros —anunciaron los altavoces del salón—, favor dirigirse a la puerta S37 para abordar el vuelo de Air France programado para las 6:30PM con destino a Ámsterdam.

Volaron en “Clase Segura”, metidos en cajas para evitar contratiempos; no podrían haber tenido un mejor trato.

Capítulo 8

Capítulo VII: Planes e itinerarios.

Nos trasladamos a toda velocidad hasta el Metropolitan Opera de Portsville; un teatro de una exquisitez incuestionable, que cautivaba la vista de sus espectadores. Sin embargo, esta noche había que moverse con sumo cuidado y atender menos a esos detalles. Llegamos justo en el mismo instante en que el Maestro arribaba. Reconocimos su auto. Era similar al que utilizaba el cuerpo de guardaespaldas de la Cofradía, en esta ciudad; un Maybach 62 de carrocería negra.

Aparcamos delante. Era una buena estrategia para confundir, en caso de que tuviéramos que usar los autos como vía de escape. Una práctica instaurada por Ilia, pero a la que nunca habíamos recurrido, por suerte.

La jefa al inicio se mostró agradable, incluso hasta un poco sentimental. Supusimos que era una de esas estratagemas suyas para hacer que el señor siguiera sus indicaciones sin resistirse. Ilia era peligrosamente persuasiva y cuando se lo proponía, había que tomarla en cuenta, porque podía llegar a convertirse en la pesadilla de un único y último sueño.

Luego de los acostumbrados saludos entramos al teatro escoltando al Gran Maestro. Ocupamos los asientos a su alrededor, reservados e inspeccionados con antelación.

—Estaba preocupada por usted —expresó nuestra líder en voz baja, refiriendo su inquietud al Gran Maestro.

Él se limitó a dibujar una sonrisa, que pareció fingida.

—Ilia, no sucede nada. Estuvo tranquilo hasta acá.

—¿Qué pasó con el cuerpo de guardias al que debíamos relevar?

—Los despedí a mitad de camino. Quería pensar en unos asuntos y no lograba concentrarme con todas esas miradas sobre mí.

—Eso —Ilia al parecer intentaba encontrar paciencia en sus palabras—. Eso ha sido muy impertinente de su parte…

—Lo sé —interrumpió el Gran Maestro, sin inmutarse.

Nuestra líder se contrajo, apretó sus puños. Por un instante pareció que estallaría, pero logró calmarse. Se reclinó en el asiento y no preguntó

nada más.

—¿Eso es todo, Ilia? —la pregunta del Maestro sonó un tanto despiadada.

La líder no respondió, solo se limitó a tomar una profunda bocanada de aire, que luego exhaló suavemente.

Capítulo 9

Capítulo VIII: Como ordene el Gran Maestro.

El auto llegó sin percances al Metropolitan Opera. Bajé justo a tiempo para recibir a Ilia y su grupo. Se habían movido con rapidez. Aparcaron su Maybach delante del mío. Era una vieja práctica utilizada para causar confusión en caso de apuros.

—Buenas noches, Maestro —saludó Ilia con una reverencia. Los guardaespaldas bajo su mando imitaron el gesto. Aproveché para observar sus curvas y los despampanantes pechos que gritaban desesperados por saltar fuera de aquel manojo de trapos. Si no fuera Ilia, tal vez los hubiera ayudado.

—Buenas, Ilia. ¿No es una singular y preciosa *nocte*? —pregunté en tanto disimulaba mirando el entorno. Noté, de paso, que la ópera se estaba volviendo un fenómeno popular en Portsville; el teatro estaba atestado.

—Lo es, Maestro —dijo en tono conmovedor. Nunca imaginé que Ilia pudiera reaccionar así—. Pero no se retrase, entremos —añadió mientras dibujaba un gesto con sus manos para indicarme que fuera delante, y lo hice.

La estancia en el teatro transcurrió sin más revuelos que una tonta discusión con Ilia antes de comenzar la puesta en escena. Por momentos, no sabía cómo lograba esos cambios de ánimo tan radicales.

Contando con las amenazas actuales que, según ellos, moraban sobre mi cabeza, esa hora pareció más lenta que los dos siglos anteriores. Por suerte, la paciencia era mi mejor arma.

Estallaron los aplausos; el Metropolitan Opera complacido en su totalidad. Algunos pañuelos se elevaron al aire, imprimiendo un toque bohemio y fresco al final de la escena. Ilia interrumpió el estado absorto en el que me encontraba. Creo que me sorprendí a mí mismo pensando en la Cehnem.

—Señor, esperamos por usted.

—Sí —respondí, observando todavía el ambiente generado en el teatro. Al fin y al cabo, para mañana, nada volvería a ser como antes.

—Entonces… —continuó Ilia, como esperando una respuesta perentoria.

Algunas veces se esforzaba en alterarme, aunque sin resultado evidente.

—El itinerario de hoy, ¿lo tienes a mano? —dije sin moverme del asiento.

—Por supuesto —indicó mientras buscaba en su agenda digital—. Aquí lo tengo.

—¿Qué correspondía ahora, según el orden?

—Ahora… tenemos que recoger al invitado del Consejo Europeo. Aunque esto estaba programado para unas horas antes.

—Cierto —continué—. Nuestros huéspedes ya han arribado al aeropuerto desde hace unas horas y no podemos hacerlos esperar más. Por eso necesito un chofer experto y que al mismo tiempo sea alguien de confianza.

—¿Hay más de un huésped?

—Inevitablemente —contesté.

—¿Y no piensa asistir personalmente a atender esa cuestión? —preguntó intrigada.

—No puedo. Tengo que resolver unos asuntos en el banco.

—¿Vamos al Port Bank a esta hora?

—Seguro, Ilia… ¿o acaso dudas de mi palabra?

—Para nada, Señor —Ilia cayó al suelo de rodillas y agachó la cabeza. No utilicé ningún Privilegio contra ella. Lo hizo por puro arrojo—. Mis disculpas. Si es lo que desea, así será.

—Envía entonces a tu chofer al New Port Regional Airport. Estoy seguro que reconocerá de inmediato a los huéspedes. El nombre de su líder es Nicolas Kievicz.

—Como ordene el Gran Maestro —concluyó Ilia poniéndose en pie. Luego giró hacia los integrantes de su grupo y expresó—. Mikhail, ya has escuchado, solo atente a ese plan. Te llamaremos si necesitamos algo o si existe algún cambio en el itinerario.

El guardaespaldas escuchó las órdenes de Ilia, asintió, pero no se movió. Intuí que esperaban por ella… o por mí. Resolví dar inicio de inmediato a las operaciones.

—Vamos —caminé delante con paso seguro.

Todos me siguieron.

Capítulo 10

Capítulo IX: Contratiempos.

Tu equipo no consigue llegar antes del inicio de la ópera. Se han retrasado unos minutos, casi podrías asegurar que por tu culpa; aunque solo Stefanie te ha lanzado miradas acusadoras. Afuera, entre los autos parqueados, sobresalen dos Maybach 62, negros. Ya sabes que son los típicos autos que utilizan los miembros de la Cofradía, para sus actividades. De momento el grupo no sabe cuál de ellos pertenece al objetivo. Seth levanta el móvil y se dispone a hacer una llamada, de seguro a Johnny. Se mantiene marcando durante un tiempo, pero nadie responde.

—Está bien —dice—, lo haremos a mi manera. Vida y Stefanie, ustedes se quedan aquí. Joao, tú vienes conmigo al techo. Estarán más susceptibles a un ataque desde arriba.

Stefanie suelta un profundo suspiro. Tu compañía no le simpatiza, lo sabes. Tal vez por eso no está conforme. Ella tampoco te agrada mucho, por momentos parece la competencia, y la competencia es bastante buena.

—¿Algún problema, Stefanie Atkins?

—Ninguno —responde. No tiene otra opción que la de atenerse a la orden. Sabe cómo es Seth Reagan cuando se molesta, y ella ya ha tenido suficiente por hoy.

—Bien, me alegra escucharlo. La tarea de ambas consiste en confundirse con la multitud y vigilar la entrada del Metropolitan sin levantar sospechas. En cuanto Leo Niemens atraviese esa puerta nos darán una señal, e instantáneamente se encargarán de armar un buen revuelo. ¿Todo claro?

Asientes con la cabeza. En silencio y con el rabillo del ojo alcanzas a observar como Stefanie ejecuta también un gesto similar.

—Me satisface que así sea. Lo demás seguirá acorde al plan —concluye Seth antes de marcharse. Sonríes cuando te da la espalda. Te regocijas porque ha reprendido a Stefanie, se lo merece. Verla humillada es mucho más placentero que cualquier otra cosa en el mundo.

Capítulo 11

Capítulo X: Recordando el inicio.

Cuando la manada (por llamarlo de alguna forma) me inició, apenas tendría catorce años —rememoraba el *Quebrador de Colmillos*, mientras trasladaba el cadáver de su anterior víctima, para dejarlo tirado en cualquier rincón de la Umbra—. Nací maldito, y me aceptaron maldito. Sin embargo, en ese tiempo esos asuntos me eran indiferentes, hasta la misteriosa Umbra. Yo era un adolescente, como otro cualquiera; con sus pasiones y sus sueños. De aquel inocente muchacho ya no queda nada. Es una lástima. Creo que era más feliz. Ahora que lo recuerdo —dijo para sí—, ya es la segunda vez en la noche que accedo a este espacio. Tengo que limitarme, todavía quedan unas cuantas cosas por hacer, sin contar los imprevistos, y estos paseos terminan agotando hasta al más experto en atravesar la Celosía.

Capítulo 12

Capítulo XI: Una ligera premonición.

Los enviados europeos despertaron en Portsville. La noche ya comenzaba a abrazar la ciudad. El espacio donde se encontraban era lúgubre, solo una ventana y una puerta hacían función de comunicadores con el exterior.

—Qué asco de cajas —murmuró Matías, pateando una con forma de ataúd.

—El viaje ha estado tranquilo, no hay de qué quejarse —expresó Nicolas.

Amelia, en particular, se dedicaba a atender su figura. Era una chica presumida.

—¿Y qué? —preguntó con despectiva fiereza, luego de acomodarse la falda y el pelo. Su peinado natural, la clásica cebolla, había regresado—. No pretenderán quedarse aquí toda la noche, ¿o sí?

—Es cierto. Salgamos al salón, necesito hacer una llamada. Es posible que nos estén esperando.

—¡Oh, Nicolas! —le dijo Amelia, en tono mimado—, que condescendiente eres.

Luego de unas cuantas llamadas sin atender y algunos disgustos, Matías advirtió que la espera se extendería más de lo debido. Leo Niemens, el contacto del equipo en la ciudad, no había llegado al aeropuerto en el horario acordado por las partes. En tal modo, las palabras de Amelia habían sido como una ligera premonición.

Capítulo 13

Capítulo XII: Nada fuera de lo común.

Al finalizar la obra, el teatro estalló en aplausos. La multitud vitoreó a los actores que representaban aquella sublime puesta en escena de "Cavalleria rusticana". Trágica y hermosa. Aunque, eso sí, creo que a todos nos pareció un poco existencialista en su desenlace.

A continuación, antes de abandonar el Metropolitan Opera, el Gran Maestro intercambió unas palabras más con nuestra líder. Discutieron sobre una ligera variación en la agenda para el resto de la noche. Notamos, por su tono de voz, que Ilia se oponía al radical cambio de planes. De hecho, estaba bastante molesta, aunque no lo expresara abiertamente por respeto a nuestro señor. Es increíble la cantidad de cosas que la costumbre nos hace apreciar; como un molde en el que pueden acomodarse todas las experiencias.

El Maestro solicitó con urgencia al chofer de nuestro grupo. Al cual se le encomendaría una tarea de delicada envergadura. Ilia, finalmente, no tuvo más opción que acceder de mala gana y disimular muy bien su disgusto.

—Como ordene el Gran Maestro —le escuchamos decir, mientras se ponía en pie; pues otrora había estado postrada. Luego giró hacia nosotros y expresó—. Mikhail, ya has escuchado, solo atente a ese plan. Te llamaremos si necesitamos algo o si existe algún cambio en el itinerario.

Asentí entonces con la cabeza, pero me mantuve inmóvil esperando, al igual que los demás, a que Ilia y el Gran Maestro abandonaran el salón.

—Vamos —dijo nuestro señor caminando delante, con paso seguro. Todos lo seguimos.

Afuera abundaba el bullicio. La gente pasaba de un lado a otro sin prestar atención al entorno. Parecía que éramos los únicos desconfiados entre la muchedumbre. Ilia apuraba al Maestro para que avanzara a paso ligero hacia el auto. Antes de marcharme, lancé una última mirada a los alrededores. Nada fuera de lo común. Aun así, nuestro grupo debía mantener su postura. Nunca se sabía en esta ciudad.

Luego me retiré, dejando el entero cuidado del Maestro en manos de los otros. Lo harían bien, en cualquier caso. Mientras permaneciera junto a ellos, no había mucho de qué preocuparse.

Capítulo 14

Capítulo XIII: Miedo al fuego.

Ha pasado casi una hora y todavía esperas. Stefanie, como es costumbre, no se ha mostrado receptiva a conversar. La conoces desde hace unos cincuenta años, cuando comenzaste a moverte en el mismo equipo, junto al brasileño repugnante y bajo el mando de Seth. A pesar de la trayectoria, Stefanie sigue siendo tan dura como al principio. Mientras la agobiante espera continúa, recuerdas que fue ella la primera en oponerse a tu inclusión al grupo. Siempre pensaste que sus motivos eran emocionales, cosa rara entre los integrantes de la estirpe. Más allá de las desavenencias, la competencia sabe hacer su trabajo. También es una chica ruda, aunque no lo parezca. Tiene unos cuatrocientos años, y aparenta treinta y ocho. A veces, envidias su corte de cabello, sus labios carnosos y su aspecto de mujer madura. Nada que ver con tu rostro de niña adolescente, de diecisiete años. Conociste desde joven este oscuro mundo, sin tiempo para aprender las buenas lecciones de una vida humana. Por eso, Vida sería un buen nombre. Uno perfecto para quien apenas disfrutó de la suya.

—¡Atenta, chiquilla! —Te alerta Stefanie. Al fin ha abierto la boca—. La gente ya está abandonando el teatro.

Asientes, mientras aseguras tu arma. Seth quiere un buen revuelo.

Los humanos caminan como locos después de esas funciones. Te preguntas si la gente sabe siempre a dónde va. Es probable que no. Tampoco tú. Prefieres seguir órdenes. Es más sencillo. El Representante asoma la cabeza, va acompañado de su escolta. No sobresale demasiado, es un sujeto de aspecto común y tamaño mediano. Su piel no es tan pálida, hecho extraño. Tiene un pequeño corte de barba que infunde respeto, y sus ojos azules son casi tan hermosos y penetrantes como los grises de Seth. Es una lástima que tenga que morir, pero en estos días hay muchos tipos apuestos que lo merecen.

Uno de sus guardias se apresura y aborda el primero de los dos Maybach. Se marcha con premura, un comportamiento inusual. Ha sido una suerte que no te hayas adelantado a los acontecimientos. Ahora hay uno menos, y también un objetivo mejor delimitado.

Stefanie, como siempre, es la primera en moverse. Antes de escurrirse entre la multitud te indica, con un ademán, que empieces de una vez. Sin más demora, comienzas a disparar. Adviertes como desde las alturas del Metropolitan Opera, descienden Seth y Joao. Vienen en caída libre,

disparando también. Seguro Stefanie se ha encargado de dar la señal. Es buena, muy buena en lo que hace.

La gente en los alrededores se va dispersando. Corren, asustados. Es cosa de la pobre naturaleza humana. El conductor de Leo ya ha caído, sin tiempo de ingresar al otro Maybach. Seth es un excelente tirador, sobre todo cuando se encuentra en posiciones incómodas.

Antes de aterrizar, Joao arroja su pistola y desaparece. Se esfuma con su *Deslumbramiento*. Es un Privilegio que envidias. Nunca nadie ha querido enseñarte el misterio de ocultarse entre las sombras, de hacerse invisible. Probablemente piensen que no serías buena en ello, o que podrías convertirte en algo muy peligroso. ¿Quién sabe?

Los guardaespaldas protegen a Leo, mientras tu equipo avanza. No te quedas tampoco rezagada. Es cierto que no eres la más valiente, pero jamás has huido de una situación, por complicada que fuese. La Amancilla Ilia Stein ha movido sus piezas con rapidez, poniendo a buen resguardo a su Representante. Lo dejó bajo el cuidado de quien sabes, es su protegido predilecto: Mathews Braud. Un sujeto bastante extraño, del que poco pudieron averiguar en las investigaciones preliminares.

De repente, Ilia ha desaparecido. Stefanie está ahora en medio de la línea de fuego. Mientras tanto, sigues ajustada al plan. La idea es asesinar, si es posible, a Leo Niemens. Son las órdenes concretas de Johnny y por lo que van a cobrar. Esa es la misión y estás intentando cumplirla con ansias. No has dejado de disparar ni un segundo hacia donde se encuentra Leo. Sonríes levemente cuando notas su preocupación al ver reventados los neumáticos de un coche cercano al Maybach. Debe pensar que el secuestro no va en serio, como informó Johnny.

Casi al mismo instante, tus sentidos te alertan de un peligro inminente. Apartas la vista de tu objetivo para observar, a un lado, como Ilia Stein abate con bestial crueldad a una copia ilusoria que Stefanie ha dejado de sí misma. El *Ilusionismo* de los Prestidigitadores es un Privilegio tan o más peligroso que el Deslumbramiento. Puede hacerte ver cosas desagradables. Puede transformarte también en un esclavo de los sueños. Es justo como una droga muy buena. Ilia golpea rápido, estás segura de que explota la *Prisa*. No respira, no cede. A unos metros está Thomas Mann, otro de sus compañeros de equipo. De ese lo saben todo, salvo el clan al que pertenece. Sin embargo, no ha tenido oportunidad de avanzar mucho, parece concentrado en esquivar los disparos que efectúas cuando le cubres la espalda a tu líder. Es algo que te molesta de estos altercados, siempre hay que dividir demasiado la atención entre una cosa y otra. También Thomas hace algo parecido, cubriéndole la retaguardia a la Amancilla sin perder de vista a Seth.

Al menos la copia de Stefanie ha servido de señuelo para que Reagan se posicione y dispare también hacia Leo. No te distraes más y continúas con tu misión. Es importante eliminar al objetivo antes de que la policía aparezca, si no, el equipo tendría que reorganizar el itinerario por completo.

Stefanie ya tuvo tiempo suficiente para preparar su próxima movida. Lo sabes porque ha retirado la ilusión y avanza con seguridad hacia los oponentes. Seth da la señal al grupo para pasar a la próxima parte del plan, como habían acordado.

—¡Ahora, Stefanie!

Es el momento de que la competencia se luzca.

La Prestidigitadora extiende sus manos y hace aparecer llamas que la rodean. El fuego es letal para los de tu estirpe. No importa quién lo utilice o controle, siempre te muestras escéptica a esas escenas. A veces, parece mucho más peligroso que el propio Sol. Te apartas un poco y dejas de disparar. Nada de lo que pase puede impedir tu pequeño momento de pánico. Un temblor te recorre para recordarte que la inmortalidad es un concepto sobrevalorado. Los demás también se notan temerosos. Tus nudillos están inquietos. Intentas con todas tus fuerzas no sucumbir al Pánico Rojo.

Justo en este segundo, crees haber escuchado un sonido en el aire, como un grito; pero queda atrapado dentro de un enorme silencio. Por fin, Joao comienza también con su parte. Ahí está la Quietud.

Capítulo 15

Capítulo XIV: Una bestia preciosa.

Pasamos entre el cúmulo de personas que abandonaban, a su vez, el Metropolitan Opera. Mis guardaespaldas se mantenían vigilantes. Tuve que reconocer que había hecho un gran trabajo en este tiempo, reuniendo a tantos sujetos capaces. Salimos a la calle, miré a los lados con tranquila paciencia. Ilia me apuraba para que abordara el auto. Mikhail se adelantó en su Maybach, marchándose a cumplir mi orden.

Caminé desde la puerta principal del gran teatro hasta mi auto. Hice el recorrido lo más lento que pude, a pesar de que Ilia continuaba insistiendo en que avanzara lo más rápido posible. Casi comenzaba a perder la calma, cuando sentí el primer estrépito. Unas ráfagas de disparos inundaron el ambiente.

John, por suerte o desgracia, fue el primero en caer muerto. Siempre supe que un simple humano no era capaz de aguantar la abatida de mis congéneres. Aun así, la Cofradía se empeñaba en votar a favor de aquellos seres y hacerlos formar parte de algunos asuntos de la secta.

Por otro lado, los secuestradores debían ser sujetos inteligentes. Llegué a la conclusión de que habían estado aguardando, todo el tiempo, desde mi entrada a la ópera hasta ahora… estudiando la situación, siguiendo mis pasos. Justo lo necesario como para advertir el papel que jugaba cada cual dentro del equipo.

La gente en los alrededores se fue disipando entre el bullicio provocado por los disparos y los gritos. Corrieron despavoridos, como suelen hacer los humanos cuando las cosas se ponen extrañas y la sangre comienza a derramarse. Mis guardaespaldas, por su parte, tomaron sus posiciones. Ilia me empujó, intentando meterme dentro del auto para protegerme. Yo mantenía esa cara de asombro que se me quedó colgada desde que vi aparecer a los secuestradores.

Otra descarga de disparos se escuchó, parecían llegar desde todas las direcciones. Es probable que uno o varios de ellos se estuvieran moviendo con *Prisa* para cubrir más terreno con las balas.

—¡Mathews, Mathews! —gritó Ilia a uno de los integrantes de su grupo—. ¡Cubre al Maestro!

En ese instante desapareció a una velocidad abrumadora, dejando un vestigio de sombra tras sí. Automáticamente Mathews tomó su puesto. La

transición solo duró unos pocos segundos.

Era una estrategia inteligente, supuse. Conocía de antemano que Mathews era experto en rastros, o sea, que debía pertenecer a un clan poseedor de *Indicios*. Conociendo a Ilia, deduje que no debía ser un Ido; puesto que esos trastornados suelen afectar en gran medida y en muchas ocasiones las misiones serias. Así que solo quedaban dos o tres clanes más entre los que hurgar: Sibilino, Sensitivo y Demontre. En el pasado, hubiera pensado también en un Fascinador, pero esos ya estaban todos extintos. Por pura lógica no debía ser tampoco un Demontre, los Concejales lo hubieran condenado hace mucho tiempo. Quedaban dos opciones y Mathews se ajustaba bastante bien a las características de un Sibilino, salvo por ciertos rasgos que al parecer eran muy particulares a su persona. Eso sin contar que en algún momento debió haber aprendido a explotar su sangre para hacer uso de la *Prisa*. De ser así, era un sujeto peligroso.

En efecto, era una buena opción. Ilia y el indomable Thomas combatiendo a los secuestradores, y un Sibilino con seguro *Baluarte* desarrollado, protegiéndome. Pensé en ello unos pocos segundos: los secuestradores, por muy astutos que fueran, la iban a tener bien difícil.

Un estruendo me sacó del estado contemplativo. Una oleada de tiros había ido a dar directamente contra las llantas traseras de un coche, próximo a donde me encontraba. Los neumáticos volaron en una sorda explosión mezclada con el mismo sonido de los disparos. Maldije para mis adentros. Si no tenía cuidado podía resultar herido. Los secuestradores no se estaban conteniendo para nada. Aumenté mis sentidos.

Moví la vista hacia donde mi percepción indicaba que se encontraba la pelea. En realidad, hasta ese momento no había tenido mucho tiempo que prestar a la acción. Ilia acababa de mandar a volar a una chica. Le había dejado un enorme agujero en el pecho. Cuando imprimía su letal *Vigor* a los golpes, era realmente devastadora. Era difícil que la otra pobre sobreviviera a eso. Aun así, sus compañeros no se inmutaron. O aquella no les interesaba mucho, o era una jugada de sacrificio. En última instancia, algo raro sucedía.

Recordé que por más que quise en el pasado, nunca tuve el placer de presenciar un enfrentamiento entre Ilia y algún otro contrincante; aunque su fama era conocida.

Ahora la oportunidad estaba servida, ¡y de veras lo estaba disfrutando! Era emocionante ver a un Amancilla combatir. Ilia no tenía piedad, se movía como una fiera en el campo. Su mirada era penetrante, sus facciones enérgicas y serias. Cortaba el aire a su paso, desplazándose a la velocidad de un rayo. Lanzaba ataques descomunales. Había abandonado

todo rastro de feminidad.

Un Amancilla es una bestia. Un Rudo es una bestia. Ilia era ambas cosas y, además: una bestia preciosa. Siempre y cuando no fueras su oponente.

Me moví un poco, en la medida que Mathews me lo permitió, para buscar una posición más ventajosa y de menos peligro. Otro de los secuestradores había aprovechado la pequeña distracción que causó Ilia para disparar hacia donde me encontraba. Era ya la segunda vez que sucedía y estaba comenzando a incomodarme. Y aunque me mostraba hasta un tanto asustado, confiaba en que las cosas fluyeran poco a poco.

De repente la joven a la que Ilia había supuestamente liquidado, se puso en pie. Ya no tenía ningún agujero en su pecho y, a decir verdad, no me impresionó, como tampoco debe haberlo hecho a ninguno de los presentes (aunque no me dediqué a examinar cara por cara). No cabe duda que los Prestidigitadores juegan con la realidad de formas muy diversas y cautivantes. Lo único que me extrañó fue que aquella integrante de un clan autónomo, estuviera asociada a tan agreste grupo. Un desperdicio para la belleza.

—¡Ahora, Stefanie! —gritó el que parecía ser el cabecilla al mando de mis secuestradores. Intenté grabar su cara en lo profundo de mi mente.

La chica, otrora dada casi por muerta, extendió sus manos a ambos lados del cuerpo, e hizo aparecer flamas que cubrieron sus brazos. Vi el miedo reflejado en la cara de mis guardaespaldas, incluso en la de los propios compañeros de aquella endemoniada. Miedo al fuego. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, desde adentro hacia afuera. También temblé de pavor. A pesar de saber que aquel fuego no debía ser real, con un maldito timador Prestidigitador nunca se tenía certeza de nada.

—¡Mathe…! —intentó gritar Ilia, pero el sonido quedó apagado por un repentino silencio que se extendió suave como una brisa y tan veloz como una ráfaga huracanada, abarcando el área donde nos encontrábamos.

Era la sorpresa de un maldito Fratricida; la Quietud. Ahora todo iba a ser más sutil.

Capítulo 16

Capítulo XV: Asegurando el área.

El comunicador sonó repetidas veces. El *Quebrador de Colmillos* estuvo observando el cuerpo durante un rato, pensando en si sería prudente responder o no; hasta que se decidió. Poniéndose de rodillas, le arrancó el audífono intercomunicador. En un final, conocía bastante bien a su víctima; lo había estudiado casi durante todo un año.

—Ejecutor Daven, reportándose —murmuró el *Quebrador*, imitando la voz.

—¿Por qué ha demorado tanto en contestar, Ejecutor?

—Estaba distraído. Me pareció que podría generarse un disturbio en las cercanías.

—¿Y…?

—Nada, solo era una chica discutiendo con su amante de cincuenta años.

—¿Está fuera de su puesto, Ejecutor?

—En estos momentos sí, mi Juez. Estoy asegurando el área.

—Bien. ¿Nada relevante que informar?

—Nada, lo demás está en orden.

—Bien. Manténgase atento y no merodee demasiado. Hemos recibido varios reportes de extraños movimientos aproximándose a esa zona. Pudiésemos estar bajo algún ataque inesperado.

—Entendido, mi Juez.

La comunicación se cortó. El *Quebrador de Colmillos* se levantó del suelo, a la vez que removía los audífonos de su oído; para dejarlos caer, con cuidado, dentro de un bolsillo del sobretodo de cuero que portaba esa noche. Nunca entendió en qué punto habían conseguido que las señales pudiesen atravesar desde el plano normal hasta la Umbra; pero igual no le dio muchas vueltas.

—No estoy seguro si dejarte así, o extinguirte por completo —dijo hablándole al cuerpo inconsciente—. Al parecer la Cofradía ya detectó

alguno de mis movimientos; tu gente se está actualizando… debe ser también un asunto tecnológico —luego, se quedó pensando unos segundos, mirando hacia el oscuro espacio que figuraba como cielo de la Umbra—. Por precaución —concluyó—, te extinguiré. Creo que igual ya no me sirves de mucho.

Y mientras mencionaba estas palabras, levantó al Ejecutor, hundió los colmillos sobre la zona clavicular y bebió algo. Luego lo arrojó y aplastó su cráneo, exprimiéndolo fuertemente con su pie izquierdo. El cuerpo desapareció al momento, convirtiéndose en un remolino de polvo umbral.

Capítulo 17

Capítulo XVI: América, tierra bendita.

El tránsito en la terminal era escaso. El New Port Regional Airport de Portsville no parecía nada magistral, de hecho, los integrantes del grupo habían concluido que era el aeropuerto más pequeño que conocían. Matías llevaba un tiempo fijándose en los detalles, los asientos y la gente; cualquier cosa que lo apartara de su incomodidad. No se sentía a gusto tampoco hablando con sus compañeros. Tal vez era lo mejor. Quería mantener las relaciones de trabajo en un perfil insondable, sobre todo con Amelia.

Hacía poco más de una hora que Leo Niemens había llamado a Nicolas; solo para comunicarle que enviaría a un hombre de confianza a recogerlos. El contacto podía considerarse un sujeto descuidado. En Europa lo habrían condenado hacía siglos. Pero estaban en América, tierra bendita.

—Hace casi tres horas que hablaste con él y todavía nada —bufó Amelia, haciendo ademanes de reprehensión. Era una chica con tendencia a exagerar cada cosa. Se había levantado y vuelto a sentar en su sitio por enésima vez—. Tengo sed y la gente a nuestro alrededor no ayuda.

—¡Cálmese, Madeimoselle! —la reprendió Nicolas, aprovechando para dar otra ojeada el área del aeropuerto. Se le notaba igual de impaciente—, no se desespere. Cuando lleguemos al hotel de seguro podrá beber a su gusto.

Matías apretó los puños. Hacía un rato su sonrisa lo había traicionado. Pensaba en la misión, en el tiempo, los itinerarios y la sangre. Llegado a ese punto, su mente volaba, maquinaba. Nicolas no le parecía un sujeto inteligente. Aunque sabía que no era astuto fiarse, conociendo la naturaleza traicionera de los suyos.

—Estoy un poco inquieta. Voy al baño. No esperen por mí si vienen a recogernos —sonrió Amelia con ironía, hizo una mueca y se levantó una vez más.

Matías no dijo nada, pero le hizo una seña a Nicolas para que no se preocupara, y se dispuso a seguirla. La vigiló de cerca hasta uno de los baños. Había un joven en el área, su edad rondaría los veinte años. Amelia se le acercó con sutileza. Mala suerte. Podía suceder cualquier

cosa.

—Hola, ¿qué lees? —su inglés era fluido.

—Un libro —respondió el pobre humano después de observarla de arriba abajo, y regresó a su lectura.

—Ya veo —la chica se agachó un poco para espiar mejor el texto. Su altura no se lo hubiera permitido—. Twilight, ¿no? Es lo que pone en la cubierta. ¿Te gustan esas historias?

Dijo aquello con toda la fría calma que pudo encontrar. Amelia odiaba esa saga. Incluso, años atrás, había intentado obtener un permiso para asesinar a Stephenie Morgan, la autora. Por supuesto, el Consejo Europeo declinó tal propuesta, por tratarse de "un vago impulso que los conduciría a quebrar las leyes que defendían, motivado por un necio y personal resentimiento"; según opinaron los propios Concejales. Al menos Amelia era una chica con unos impulsos bastante cercanos a la naturaleza de la estirpe. En ese sentido, era sincera.

Esta vez el chico asintió, levantó la vista y comenzó a prestar más atención a su interlocutora. Hubiera sido un crimen no fijarse en esa chica alta, delgada y sexy. Aun así, Matías podía jurar que el físico de Amelia, con todo el maquillaje del mundo, no hacía mella en el humano.

—¿Lo has leído?

—Apuesto que te fascina esa relación idílica entre el chico raro y la protagonista —sonrió, se acomodó las gafas y lo miró fijamente, más de lo normal.

—¡Es extrema! —exclamó el muchacho, sonriendo también.

Matías pensó, por un momento, que ese insulso ser no tenía idea de lo extremo; ninguna idea. Pobre. Esas historias acabarían disolviéndole el cerebro, si no lo hacía antes Amelia.

—Ya lo creo. Sígueme y te enseñaré unas cuantas cosas sobre relaciones extremas.

El humano cerró el libro, como hipnotizado y se preparó para seguir a su captora. Matías se interpuso.

—¿Estás loca o qué?

—Por supuesto que no, querido. Deja esa definición para los Idos, solo

ellos son dignos de tal elogio.

—¿En qué estás pensando? Sabes que esto tiene consecuencias.

La chica sonrió.

—¿Las tiene? Recuerda que solo estamos de paso por esta porquería de ciudad. Déjame disfrutar tranquila. Solo voy a probarlo un poco, nada más —el muchacho no parecía reaccionar, seguía ahí, esperando a que Amelia lo condujera.

—No, no lo vas a hacer —Matías la tomó del brazo, con intención de arrastrarla hasta donde Nicolas esperaba. Amelia hizo un gesto brusco y se soltó.

—Mira, maldito *fils de pute*, haré lo que me venga en gana. Después si quieres discutimos, pero creo que no vas a vencerme, y tampoco vas a impedir que me despache a este chiquillo. ¡Ya has hecho que se me corra el maquillaje!

Sin decir más dio unos pasos y tras ella caminó el chico. Matías se quedó paralizado, impotente. Sabía que las cosas podían salirse de control si la discusión con Amelia continuaba extendiéndose, y eso era peor que dejar morir a un pobre humano. Casi lo dio por condenado, cuando Nicolas gritó desde su sitio.

—¡Madeimoselle, Monsieur, nos vamos!

Matías se abofeteó dos veces en la cara, sonrió y se adelantó a reunirse con el líder. Amelia justo abría la puerta del baño. Tuvo que girar, decepcionada.

—Lo que faltaba —murmuró antes de hacer lo mismo que su compañero de equipo. Luego fijó la mirada en el chico, una vez más—. Camina por tres minutos. No recordarás nada de nuestra conversación, ni a mí.

En la entrada del aeropuerto esperaba un sujeto, con un ridículo cartel que ponía: Amigos de Europa.

—Vaya hombre de confianza que envió Leo Niemens —susurró Matías, dirigiendo su mirada a Nicolas. Este asintió, en señal de aprobación.

Mientras el grupo avanzaba hacia el encuentro, Amelia aprovechó para retocar su maquillaje.

De manera discreta, los europeos informaron al devengado anfitrión sobre sus contratiempos. La subasta a la que debían asistir estaba por comenzar. La misión fallaría estrepitosamente si no lograban llegar a

tiempo al famoso bar Floridita. Todos los sitios de interés para el Consejo Europeo estaban marcados en el mapa que, Matías y sus colegas, habían estudiado. Sabían muy bien a dónde tenían que dirigirse. El chofer, contra todo pronóstico, se mostró amable; y luego de una corta conversación y las pertinentes presentaciones, se dispuso a conducir al grupo hasta el destino solicitado.

Capítulo 18

Capítulo XVII: Amigos de Europa.

El New Port Regional Airport de Portsville es un área semidesértica. Es probable que en los viejos muelles haya más actividad que en este sitio. Sin embargo, nos gusta pasar por aquí y entretenernos de vez en cuando, observar los aviones, soñar con abandonar la rutina. Ser parte del equipo es agotador; todos nos fatigamos en algún punto. Aunque no hay mayor orgullo, por el momento, que el de servir junto a Ilia. La protección del Maestro es prioritaria, sí; pero no hay nada como pasar las noches junto a Ilia Stein.

En cuanto bajé del auto, levanté el cartel para los huéspedes europeos. Ponía "Amigos de Europa". Casi al instante un inusual grupo se acercó. Los reconocí, claro está, por sus modales y la finísima forma de vestir. Interesantes atuendos.

—Buenas noches, Monsieur —dijo el que identifiqué como el líder al frente de la pequeña embajada. Era un sujeto estirado, de manos blancuzcas y rizos revueltos. El traje gris que vestía ocultaba la mayor parte de su piel—. ¿Es usted nuestro anfitrión?

—No precisamente, creo que ya estarán al tanto. Pero estoy para servirles en lo que necesiten.

—Nos apremia llegar cuanto antes al Floridita. ¿Conoce ese bar?

—Toda la sociedad oscura lo frecuenta. Sería imposible no saber.

Los demás hacían silencio. Eran tres en total. Un verdadero cambio de planes con respecto a lo que se nos había informado un mes antes. La chica extranjera estaba inquieta y aunque no hablaba, ponía empeño en retocar su maquillaje; sin embargo, nada iba a corregirle la exagerada porción de nariz con que la naturaleza la había dotado. Una cosa horrible.

—Entonces, Monsieur, estamos a su disposición. Cuando lo desee podemos ponernos en marcha.

—Cuanto antes mejor —anunció el otro integrante masculino. Nuestro grupo lo habría catalogado como el forzudo, atendiendo a la complexión física que mostraba por encima del Armani negro.

—Claro que sí. Será un placer para nosotros conducirlos —apunté al

Maybach—. Vamos.

—Por cierto, disculpe las presentaciones —se excusó el líder. Hasta ahora no me había percatado de su pausada conversación—. Mi nombre es Nicolas…

—Nicolas Kievicz —interrumpí mientras abría las puertas—. Estamos al tanto.

—Me agrada saberlo, ¿y usted es…?

—Mikhail Dvorak, una vez más, para servirles.

Él ejecutó un lento gesto de desenfado, sonrió y se tendió en uno de los asientos traseros, junto a la doncella; que había sido la primera en abordar el auto. El otro caballero tomó asiento a mi lado. Nos marchamos en dirección al Floridita.

Capítulo 19

Capítulo XVIII: La competencia no lo será más.

Tu competencia no pierde tiempo. Lanza, hacia los oponentes, unas respetables masas de fuego. Reponiéndote al miedo, retomas los disparos, al igual que Seth. Tu grupo progresa, aprovechando la debilidad provocada por la movida de Stefanie. Parece que el combate está por terminar. Leo Niemens se encuentra acorralado.

Inesperadamente, la piel de Ilia adquiere un color azul cobalto y de su cuerpo comienza a emanar un vapor oscuro. El equipo no tenía conocimiento de que la Amancilla contara con ese nivel de habilidades, fruto de un excesivo esfuerzo al que se someten algunos adeptos avanzados de la *Prisa*. Aprendizaje complicado, pero con resultados estelares en combate. También, desde las penumbras, emergen tentáculos. Hay un maldito Penumbrante antitribu entre los chicos de Ilia Stein. Sin dudas, el desertor es Thomas Mann, razón evidente de por qué tu equipo no pudo reunir información de su clan. Traicionar al Erial de esa forma se paga con la extinción. El hombre estaba siendo muy cuidadoso. Era algo que ni siquiera Seth, por la cara de sorpresa que ha mostrado, esperaba encontrar.

Saltas a un lado, para esquivar un tentáculo y observas cómo Seth ejecuta, a su vez, una ligera escurrida. Sin embargo, Stefanie no tiene la misma suerte; ha quedado prisionera e inmóvil. Por el momento no puedes hacer mucho, salvo mantenerte en movimiento para no quedar atrapada como la competencia.

Ilia Stein regresa sobre Stefanie. En esta ocasión, sus golpes son mucho más despiadados. La competencia no lo será nunca más. Sonríes. Tarde, pero efectivo, aparece Joao. La Amancilla no tiene tiempo de esquivar la avalancha de dagas envenenadas que salen desde varios ángulos. Ni siquiera su velocidad la ayuda. Apenas, una le roza la piel, pero con eso es más que suficiente. El veneno de Joao, sin presumir, es letal. Ilia cae al suelo, retorciéndose como una cucaracha antes del último pisotón. Su piel regresa al natural tono blanco.

Los guardaespaldas de Leo aprovechan la distracción de los tentáculos que aún persisten para meter al Representante dentro del Maybach, y organizar una fuga. Corres con cuidado hasta llegar a donde Joao había parqueado el auto. Seth ya esperaba. Ni siquiera miró atrás para presenciar la forma en que Stefanie se extinguía. Tampoco hacía falta, iba a ser como siempre, quizás con alguna pequeña variación, pero nada nuevo. Aquel alboroto también concedió tiempo a tus oponentes para

recoger el cuerpo de la moribunda Ilia. A los de la Cofradía le preocupan las despedidas formales.

El plan inicial ya se estropeó. No les queda de otra que perseguir el auto de Leo Niemens, para intentar poner fin al embrollo antes de que la policía aparezca. Por ahora, el equipo del Representante lleva la delantera.

Capítulo 20

Capítulo XIX: Persecución.

Los secuestradores comenzaron a moverse, ganando terreno. Stefanie, la Prestidigitadora, lanzó enormes bolas de fuego hacia mi grupo de guardaespaldas. Todos retrocedieron, intentando esquivar los ataques y evitando sucumbir al Pánico Rojo. Por un instante pensé que no se repondrían. El caos generado en el ambiente era inquietante. Aquellos secuestradores se tomaban demasiado en serio su tarea.

De repente, Ilia se encendió. Su cuerpo se cubrió de un color azul extraño y desprendió una espesa neblina oscura; probablemente creada por la evaporación de la sangre. Habilidad mística que aprendían algunos Rudos. Las sombras en derredor comenzaron a llenarse de enormes tentáculos oscuros; que se extendieron y cubrieron una gran parte del terreno. Eso me tomó por sorpresa. No tenía idea de que contáramos con un antitribu Penumbrante en nuestro bando. Pero siempre hay alguno, claro que sí; siempre hay apóstatas en todos los clanes, en los países, en el mundo entero.

Stefanie fue aprisionada e inmovilizada por dos de los tentáculos. Sus compañeros poco pudieron hacer, intentando esquivar el resto de ellos. En un instante Ilia había desaparecido de mi vista y se encontraba sobre el cuerpo de la chica. La mirada de horror antes de morir fue exquisita. ¡Cuántas obras podrían haber escrito los poetas! Sencillamente único y eficazmente rápido. El pecho de la Prestidigitadora fue traspasado sin piedad por los puños de Ilia. Solo observé un golpe, pero considerando el destrozo, deben haber sido unos veinte o treinta. El último hizo que la cabeza de Stefanie estallara, manchando con su sangre todo en derredor. Esta vez no parecía una ilusión.

De repente, una daga salió desde la oscuridad y rozó el brazo derecho de Ilia, justo cuando intentaba moverse para esquivarla. Su furia se calmó y alcanzó a realizar unas señas a Mathews antes de caer al suelo, retorciéndose de dolor. Los Fratricidas tienen la costumbre de imbuir sus armas con veneno. Era altamente probable que Ilia estuviera sufriendo por esa causa.

Mathews no me dejó observar más. Con una irritación tremenda en su mirada y un buen empujón me metió al auto. Yo no puse peros, solo me dejé llevar por el momento. Thomas también se coló dentro, parecía desconsolado, aunque raramente feliz. El Maybach tomó velocidad hasta llegar a Ilia, que fue arrastrada al interior por las manos de Thomas, sin

titubear ni un segundo.

Comenzó la persecución, aunque no fue justa.

Capítulo 21

Capítulo XX: Luna nueva.

El *Quebrador* atravesó la Umbra. Se sentía exhausto; independientemente de que hubiera recuperado algo de energía, al beber del fallecido Daven. Por un momento alzó la vista, directo a la ventana desde la cual se había deslizado. El puente más cercano que localizó lo había trasladado hasta aquel viejo almacén, de unos ocho metros de altura. Después, desvió la mirada hacia el otro lado, para buscar el cielo. Las estrellas parecían brillar más de lo común.

—Hoy es una noche perfecta —susurró, hablando consigo mismo—. La luna permanece oculta, para develar las oscuridades más profundas. Sí, Luna, hoy estoy bendecido por tu ausencia. No debe ser un azar del destino que, precisamente, los Ocultos hayan escogido esta noche para poner en marcha sus planes. Esos malditos no dejan nada a manos del libre albedrío.

Luego sacudió su sobretodo y miró hacia el frente. Se llevó el dedo índice a la boca, lo lamió y apuntó con él hacia arriba. Detectó el sentido y la velocidad del viento. Después lo olfateó.

—Bien —dijo orientando su cuerpo hacia el este—, hay otro Ejecutor en esta dirección. Tal vez no lo elimine, pero vigilaré de cerca sus movimientos.